

Historias detrás de paredes, tras pistolas, aceleradas en balas.

Empieza en 2002, donde lo que va, va en revés; ¿los ves? ¿los ves? ¡Mátalos! Eran expresiones que solían filtrarse entre adobes agujereados por las balas, donde un niño de 4 años no comprende mucho de lo que pasa, ese niño era yo, un completo desconocido de lo que pasaba afuera, escuchaba “operación” y sólo podía imaginarme un médico, “orión” y pensaba en la constelación que mi hermana me había enseñado en las noches, pero realmente no encontraba la relación entre éste, los millones de disparos y el ambiente de guerra que hizo gritar a mi mamá más de una vez: “¡Denny, métase bajo la cama, rápido!”

Era un día común y corriente mis hermanas iban a estudiar y mi mamá se preparaba para ir a trabajar, yo debía ir a la guardería pero en realidad quería ir donde mi tía “Nina”, que vive un poco más arriba, en la llamada “cancha del 2”, ya estaba vestido para irme, pero no, no me gustaba la comida que me daba doña Magali, ya que casi siempre era arroz con leche (desde allá viene mi desagrado por éste) así que bajé con mi mamá y al terminar la calle le dije “no, no vamos por allá, vamos donde mi tía Nina, ella me cuida mejor” a lo que ella respondió “Nene, no podemos, sabes cómo está eso por allá, en cualquier momento pueden complicarse las cosas” pero al final de tanto insistirle accedió a llevarme, era un lugar concurrido por donde debíamos transitar llamado “El Salón Rojo” un lugar lleno de historias, pero no de las agradables a las que la gente suele correr a escuchar, no, lleno de violencia, sangre y muerte, un lugar dónde no transitaba mucho, la verdad es que éste no era precisamente el mejor lugar para mí.

Llegué donde mi tía, quien en realidad no era mi tía, era más bien como una nana, la que se encarga de mí mientras mamá no estaba, pero todos los demás a los que cuidaba solían llamarla así, Tia Nani. Apenas entré me recibió con una expresión amorosa “mi patecocacola” haciendo alusión a lo gorditas que tenía las piernas en ese entonces, y le preguntó a mi mamá “¿Vos sabes cómo está esto por acá y así te venís a meter por estos lados, y con el niño?” a lo que ella respondió “ Siguiéndole los caprichos a este culicagadito,

no quería ir donde doña Magali, él dice que cocinas rico” y ella no tuvo más por hacer que rodearme con sus brazos y apretarme mientras se le escaba una leve risita.

Empezó el día de la mejor manera, con un delicioso desayuno, recuerdo que era café con leche y arepita con queso-crema; como yo, a otros dos chicos, Santiago y Valentina, también los estaba cuidando Nina, la verdad era muy agradable contar con su compañía, ambos eran muy divertidos y enérgicos, así que nos dedicamos todo la mañana a jugar en el corredor con lo que fuese que nos encontráramos o cualquier juego que se nos ocurriera mientras Nina hacia labores del hogar.

Eran aproximadamente las 10:00am, momento perfecto para ir a jugar con el balón de Winnie Pooh a la cancha que quedaba en frente, pero la tía estaba un poco ocupada así que debimos esperar hasta la hora de almuerzo, era un plato muy rico, cómo cosa rara, pero hubo algo que lo interrumpió, un disparo retumbó por entre los ventanales, se veía gente vestida como militares, pero tenían capuchas en la cara, y gritaban cosas que la verdad no pude escuchar, estaba aterrorizado, no tenía ni idea de lo que ocurría, pero no podía ser nada bueno, en la cara de Nina se notaba la preocupación mientras corría a cerrar todo sin perdernos de vista. Para ella no debió ser fácil, no sólo debía velar por su vida sino que también estábamos bajo sobre su responsabilidad, si por alguna razón a nosotros nos hubiera pasado algo ¿qué podría decirle a nuestros padres? Eso sí que sería grave.

Lo único que veíamos era desde una pequeña ventana, había varios tipos, y mi tía solo decía en voz baja “Agáchense niños”, a lo cual claramente obedecimos, nadie en sus cinco sentidos se negaría a cumplir con lo que le piden en dichas situaciones y menos yo, estando tan pequeño. Después de un rato se escuchó un fuerte ruido, era algo así como un grito de guerra y junto con éste comenzó un extendido tiroteo que se percibía desde la parte trasera de la casa, ahí por donde estaba ubicado el comando de policía de la comuna 13, y justo en ese momento se oye otro grito, esta vez de mi tía, quien había bajado a contestar el teléfono pensando quizá que fuera alguno de nuestros padres, “Niños todos debajo de la cama, pongan

mucho cuidado, agachaditos, yo ya voy’’ y como perritos regañados nos acurrucamos debajo de la cama sin dejar fuera ni una uña, tener encima todo ese montón de tablas representaba seguridad o bueno, por lo menos así me lo habían hecho ver siempre, la cama era nuestra mejor arma, nuestro mejor escudo.

Llevábamos bajo la cama ya un buen rato y de repente se vio el reflejo en una ventana de una intensa luz blanca que nos cegó a todos y nos dejó aturridos escuchando un pitico en el oído, terminando en un estallido, del que luego solo se desprendió silencio, hasta que algo rompió con este tensionaste momento, un grito de un hombre mayor perteneciente a quienes propiciaron el atentado diciendo “corran, corran que se vinieron, ya hicimos lo que debíamos” y con ello llega la ‘calma’ si es que a esto puede llamársele así, esperamos por 10 minutos, para por fin abrir la puerta, nos encontramos un escenario impactante, no apto para ninguno de los niños presentes e incluso para ningún adulto, era media casa, era la casa del ejército, en llamas, y con escombros en todas partes, entendí que nadie se libra, no hay concilie, no hay cese al fuego, no hay nada que les valga, ni siquiera tres niñitos ansiosos por jugar con una pelota, pues aunque no nos pasó nada, la escena fue tan fuerte que nos hizo abrir los ojos a una cruda realidad, un estado de conflicto constante donde las balas opacaban las risas de los niños y la sangre cubría las calles donde jugábamos, es que así no lo crean, fuimos nosotros, los niños, los más afectados, pues tuvimos que dejar de disfrutar y explorar el mundo para huir, temer y escondernos y no precisamente del coco que saldría a mitad de la noche para comernos.

Denny Edilberto Villalobos Martínez.
Ónce-2